

LO MUTABLE Y LO PERMANENTE EN LA OBRA DE DARIO

Dr. Hugo Linco

de la Academia Salvadoreña de la Lengua.

Por especial gentileza de su autor, podemos ofrecer este estudio, que fue leído por el mismo en la Televisión Nacional de Nicaragua el martes 17 de febrero de 1967 con motivo del primer centenario del nacimiento de Rubén Darío.

Tuvo a bien la Comisión Nacional de homenaje a Darío, otorgarme la honra y distinción de incluir mi nombre entre los oradores participantes en este grandioso acontecimiento de la cultura. No he podido sino aceptar, agradecido, la amabilidad, a conciencia de las múltiples dificultades que, a simple vista, traía aparejadas.

Nicaragua es un país de larga y jugosa tradición oratoria. Aquí las artes de la palabra han sido cultivadas devotamente, y acaso en reconocimiento del amor que se les deparaba, han rendido frutos de rica sazón. Ya el simple hecho de tomar en Nicaragua la palabra, implica algo de atrevimiento.

Mas aun eso sería poco para un espíritu denodado. El problema es mayor, mucho mayor, porque no se trata solamente de hablar, ni siquiera de hablar con donosura: se trata de hablar sobre Darío.

O, si se quiere decir completas, y no complejas, las cosas, se trata de hablar, con donosura y sabiduría, de Rubén, en Nicaragua.

Ya para tanto empeño no han de alcanzarme los arrostos. Basta con pensar que en su propia tierra, el estudio de la vida y obra de Darío cuenta con numerosísimos nombres de primera categoría. Mencionaremos, para citar sólo aquellos que vienen inmediatamente a la memoria, y sin que ello signifique preterición o subestimación de los que puedan quedarse tácitos, el de ese noble investigador que es Diego Manuel Sequeira, el de Edelberto Torres, el de Gustavo Alemán Bolaños, los de Santiago Argüello, Luis Alberto Cabrales, Agenor Argüello. Así como los nombres del encendido exégeta José Sansón Terán, y de estilistas y eruditos como Eduardo Zepeda Henríquez, Julio Icaza Tijerino, Eduardo Buitrago, Ernesto Mejía Sánchez...

En la imposibilidad de agregar un solo documento o dato ínfimo al acervo biográfico, pues que no soy historiador; en la imposibilidad de enriquecer la especulación y la investigación estilística, que han avanzado en la materia utilizando los más modernos métodos científicos, sólo me resta declarar que mi actual intervención, a ratos metafísica, por momentos sicológica, amorfa quizá en algunas de sus partes, sólo se justifica por tres razones, que, materialmente enunciadas, vienen a ser las que siguen:

- a) la obediencia debida a la autoridad cultural y oficial de la brillante Comisión comitente,
- b) el amor a la obra dariana y a la poderosa personalidad que la realiza y sostiene, y
- c) otro amor que no ha llegado aun el instante de declarar, y que se revelará sólo en el curso de esta disertación, a cuantos tengan la amabilidad y la paciencia de seguirnos hasta el final.

Hemos escogido un tema lleno, para nosotros, de resonancias vitales y conceptuales: ¿qué es lo fugaz, lo transitorio, lo contingente en la obra de Rubén, y qué es aquéllo impercedero, permanente, eterno?

Si en alguna esfera de la actividad humana se escucha siempre el eco de la voz de Heráclito —*Panta rell!*— es en la de la creación estética. Ahí todo es mutable. Ahí nadie puede bañar el alma dos veces en las mismas aguas, porque las de la primera ablución han fluido ya, se han hundido en la profundidad de la nada, o están, hechas nubes, custodiando los cielos de la eternidad.

Por eso frente al artista, y de modo particular frente al poeta, que suele unir hábitos de especulación a sus capacidades de intuición, antes de preguntarnos qué es en él lo duradero, inquirimos por lo mutable y transitorio. Acaso en la superficie fluente e inasible del río heraclitano, en sus cambiantes márgenes, en sus reflejos nunca repetidos, nos aceche, emboscada, la más genuina sustancia de lo permanente.

Esta es la zona de las paradojas irreductibles. Coinciden filósofos y poetas en la posibilidad de quemarse las manos en las hogueras del inicio o en las fogatas escatológicas. Unos y otros tocan la carne viva del universo, en un raptó, en un fugacísimo y milagroso instante. Y logran esta especie de carisma de la inteligencia o de la belleza, valiéndose de los recursos menos aptos y de las más desproporcionadas medidas. Desproporcionadas, por minúsculas. Aprecian distancias estelares con patronos humanos.

Filósofos y poetas conocen así la angustia de debatirse entre el tiempo y la eternidad, lo

finito y lo inconmensurable, lo humano y lo sobrehumano, lo que vuela y lo que arraiga.

Se diría que los verdaderos, los indiscutibles, los genuinos, arraigan precisamente porque vuelan. Lo dinámico, que no es otra cosa que lo cambiante, viene a constituir lo único de valor permanente. Si el artista no fuese veleidoso y protéico, tampoco sería artista. Quedaría limitado a las acotadas tierras de las artesanías, en donde las formas son más sagradas que las esencias, y las reglas se truecan en intangibles dogmas. Todo lo cual se resuelve en congelación, petrificación, estancamiento y *rigor mortis*.

La creación es de suyo aventura y salto al vacío. Jamás repetición de sí misma, ni narcisista regodeo en la propia imagen.

Reconociendo, con la aguda penetración que le era consustancial, que en el menudo acontecer de todos los días se oculta lo vital y duradero, el inmortal varón de Weimar insistía ante Eckermann en que la poesía necesitaba el apoyo de lo contingente. El hecho pequeño, casi vulgar, sin relieve, se tornaba así en una suerte de trampolín o de garrocha con el que el genio había de saltar a la conquista de los valores más universales. En las páginas de las *Conversaciones* nos hallamos, con harta reiteración, esta apología de lo que, siendo en sí intrascendente, permite al ojo y a la sensibilidad del ungido, encontrar las soterradas constantes del hombre y de su tránsito. Nada de esto anda lejos de las admoniciones más o menos actuales, que reclaman del artista, del literato, del poeta, un ajuste a las realidades de su espacio y de su tiempo, de su geografía y de su historia, del ámbito local y generacional que ha de conformar su expresión.

Pero el hecho o el fenómeno en sí, no pasa de ser un punto de apoyo. La palanca con que Arquímedes sería capaz de mover el universo, es la condición de artista verdadero, sin la cual nada podrá salir de la sentina de la vulgaridad.

Por todo eso los estilistas trazan un mapa geográfico y temporal en el cual sitúan luego la figura del autor a quien estudian. Las condiciones que rodean a tal autor, han circundado a todos sus coterráneos y contemporáneos; pero en los demás, la misma experiencia se recibió en su propia y original dimensión; sin transmuciones alquímicas ni mágicas idealizaciones, en tanto en los artistas cobró perfiles de maravilla.

Sea, pues, aquí y en este instante, asentada, con voz casi dogmática, nuestra primera verdad de hoy sobre la personalidad del inmortal centroamericano: Rubén Darío supo ser hijo de su tiempo. Y lo supo ser en tal medida que, no obstante su condición profética, a despecho de su manera tan independiente de ser y actuar dentro de los marcos de la sociedad de fin de siglo, moralista y formal, no quedó a sus coetáneos posibilidad alguna de desconocer su grandeza.

Pues ocurre, y con mucha frecuencia, que el hombre superior, en fuerza de llevar el paso mucho más adelante que la muchedumbre, no sea ni comprendido ni justipreciado. Y su proyección hacia el futuro se impone, de tal manera, a su presencia en el hoy, que la grandeza desconocida en el instante se torna, con los años, descubrimiento de historiador.

Rubén fue, insistimos, hijo de su tiempo. Y no sólo de lo mejor de su tiempo, sino de todo él. Oigamos sus propias palabras sobre el tema: "Como hombre he vivido en lo citidiano"... y cortemos aquí la cita, que adelante hemos de repetir en toda su longitud, para indagar por ahora un poco esa atmósfera cotidiana dentro de la cual vivió Darío.

La ciudad de León, en donde transcurren los primeros años de su infancia, es por aquellos tiempos un ambiente que promiscua las lentas dulzuras provincianas y las elegancias supremas del espíritu. Escribir poemas es punto menos que el adorno indispensable de una personalidad bien formada y de una cultura digna de tal nombre. Los versos han de ser bien medidos, y acentuados en donde ordena la Santa Madre Métrica. En las tertulias habrá mescolanza de comentario político, chismorreo local y recitación. Entre los versos sin duda gozan, como en el resto de América, de particular aceptación, aquellos que dieron en llamarse "de circunstancias", por medio de los cuales se festeja un cumpleaños o una boda, se lamenta un deceso o se levanta ingeniosamente, la copa de sobremesa.

El mundo de habla hispana empieza a sufrir un largo tedio. Está empalagado. La poesía lleva mucho turrón, y demasiada decoración formal. Se presenta ya, más que como sustancia trascendente, como un amable "puss café" de sociedad, para la buena digestión de la política, la filosofía y el Derecho. El amor ha de ser mal correspondido y convertirse así en desvelos, torturas íntimas, anticipadas viudeces. El romanticismo ha venido recorriendo hacia abajo todas las gradas de la sensibilidad, hasta llegar la sensiblería y al recetario pseudo-poético.

Rubén ha nacido con una peculiar y casi milagrosa facultad para escribir poemas. Ya defraudará a los maestros sastres, y los hará rabiar ante su incapacidad de manejar el dedal y la aguja; pero no defraudará jamás a quienes le piden, en plena infancia y por unos pocos reales, un poemita de circunstancias. Naturalmente, no es ésa la época en que él podrá, por sí solo, imprimir sello propio a todo un mundo, o a dos mundos, de expresión lírica. Anda buscando, todavía inconciente de que lo hace, su modalidad personal.

Hijo de su tiempo, como indicábamos, durante varios años seguirá las fórmulas ya senescentes que se encontraban en boga, y no tendrá empacho en firmar abanicos de bellas damas, álbumes de maripositas encantadoras, libros de autógrafos, hojas de "menú".

Está, pues, arraigado en su suelo. En su doble suelo físico y cultural. Si éste adolece de algunas deficiencias, ellas han de manifestarse en la frondosidad del follaje. Y, en poesía, el follaje arroja demasiada sombra.

La luz interior no permitiría que el follaje durase mucho tiempo. He ahí, pues, una nota decididamente transitoria. La temática de la poesía de Rubén estaba llamada a recorrer una gama de inmensos motivos. Desde los iniciales versos de 1880, desde el *Epitafio a una niña* escrito para lamentar, por cuenta de don Sêrvulo Zepeda, el fallecimiento de Mercedesitas, hasta el *Canto a la Argentina*, publicado en 1915, la lira dariana pasa por todas las tonalidades y todos los ritmos posibles. Ya cobra el tono más íntimamente intimista, ya el más épico. El amor mismo se presenta bajo mil ropajes y brillos: ora es simple coqueteo cortesano, ora inclinación sensual, ora arrobamiento estético, ora pasión viril, ora idealización mística.

Lo que acontece con la temática, es exactamente lo mismo que ocurre en el orden formal, en la factura externa de los versos. Se inicia, cosa más que natural, con versos de arte menor, que son los más fáciles al oído, y, en consecuencia, los más asequibles al niño que empieza a adiestrarse en el uso de los recursos métricos. Luego, pasa por el endecasílabo, por los quiebres armoniosos de la lira y de la silva, encuentra los veneros del alejandrino, las extrañas y amplísimas sonoridades del hexámetro, la flexibilidad casi inlinar que se logra al combinar los diferentes pies rítmicos de la métrica griega: los tróqueos, los yambos, los anapestos... Bien puede afirmar con plena justicia Julio Icaza Tigerino que "Desde Góngora nadie ha contribuido como Rubén a enriquecer la expresión poética en castellano".

Tenemos que volver una y otra vez a la idea inicial que va guiando nuestras disquisiciones: "Rubén, hijo de su tiempo".

Ese tiempo son las postrimerías del siglo diecinueve. El signo que señala sus convicciones filosóficas y científicas es el positivismo; el que marca sus pareceres políticos; es el liberalismo de la Revolución Francesa, idealizado por medio de palabras un tanto rimbombantes en que se complacen los oradores. Sobre todo, la palabra *progreso*... Hay del progreso una idea bastante materialista. Viene a ser como la persecución de lo que en inglés se llama "comfort", por medio de los elementos que la técnica va poniendo a nuestro alcance. En lo social, la industria hace sus primeros empeños por desplazar la artesanía como elemento vital de la economía de los pueblos.

Todo ese cuadro —trazado, ciertamente, con algunas líneas caricaturescas para que la imagen sea más visible— introduce en el alma del

joven poeta cierta [condición contradictoria, caótica, sin duda torturante para un espíritu tan sincero y vehemente. En su interior han de entrar en batalla las convicciones religiosas inculcadas desde la cuna por doña Bernarda, y las ideas comtianas que son el lujo de la gente culta e inteligente del instante. Dicho, no en el sentido político, sino en un sentido filosófico, lo liberal y lo conservador que hay en él, determinan cierta dicotomía interior, que no puede haber sido sino dolorosa en extremo.

"Por todas partes fecundo
brota el Progreso fulgente,
tanto en aquel Continente
como en este Nuevo Mundo;
ya de la ciencia el profundo
y desconocido arcano
se abre, y da paso a la mano
de un genio de bendición
que brinda celeste don
a todo el género humano".

Esto es algo que trasciende los límites de un simple asunto temático. Cantar, así en abstracto, la libertad, el progreso, la idea; escribir estas palabras con mayúsculas, equivale a estar inmerso en la corriente del liberalismo ideológico, cuasi romántico, que da la tónica a los fines de la centuria que nos precedió.

Cierto es que fue como un simple entretenimiento retórico, para probar su habilidad métrica, que se planteó y resolvió, casi como un crucigrama, el juego de versos que integra su invectiva a los jesuitas, de 1881. Pero tal invectiva sale de un fondo o de un trasfondo; podrá no tratarse de una convicción profundísima; mas hay, sin duda, alguna influencia de anticlericalismo en el hombre que, andando los años, vestirá fugazmente el hábito de la Cartuja.

De 1880 en adelante, produce Rubén varios poemas que fundamentarían, si pruebas fuesen menester, los asertos que vienen de consignarse. Canta a los liberales, a la razón, al progreso; escribe los conocidos versos con que celebra la inauguración del Ateneo Leonés; hace, *animus ludendi*, su invectiva contra los jesuitas y una cuarteta de feroz causticidad contra el Papa.

No obstante estas manifestaciones anticlericales, un poco de la moda de entonces, no implican una entrega total a la diosa Razón, ni al dios Progreso, ni a ese panteón de abstracciones que son la Idea, la Luz, y todas las altisonantes palabras ya aludidas. El espíritu auténticamente religioso, el que sin duda lucha contra ese tipo de convicciones allá, en los trasfondos del alma, no desaprovecha ocasión alguna para manifestarse en expresiones nítidas. En 1882, en los versos que dedica a don Enrique Guzmán, bajo el título de *Espíritu*, asienta esta cuarteta que no deja lugar a duda alguna:

"Materialismo... La moderna ciencia de su ser lo desprende; infundiendo pavor a la conciencia, por doquiera se extiende... Se extiende, pero no llevando vida, que su seno está yerto; se extiende como la ola corrompida, que vaga en el Mar Muerto".

En 1881 escribe, no uno, sino varios poemas de homenaje a Jerez, en los cuales deseamos detenernos un instante.

Jerez es un símbolo. Significa el liberalismo republicano; pero eso puede encontrarse en muchos batalladores políticos del momento. Para Rubén es algo más sagrado; es el impulso, el motor de la unidad de Centroamérica. Cuando se refiere a nuestras cinco parcelas, disgregadas a raíz de la ruptura del pacto federal, el gran poeta nicaragüense lo hace siempre añorando los días anteriores a la ruptura misma, y formulando votos por que vuelva a integrarse la unidad nacional superior:

"La unión de todos anhelo", dice, en un colegio de niñas, al improvisar una décima en honor de Jerez. En otro poema nos dice de

".....la mísera existencia de nuestra Patria aun tan dividida".

En el Himno a Jerez:

"Centro América, un día, gloriosa unirá sus rasgados pendones, ¡y a la faz de las grandes Naciones nacerá revestida de luz!

En El Organillo se pregunta:

"Para proseguir la Unión, habrá quien siga su huella?"

Y procuramos no hacer estación en el poema Unión Centroamericana, que es toda una profesión de fe, porque se trata de un canto sumamente conocido, que todos los que estamos convencidos de la misma idea hemos citado ya una y mil veces.

(Sigue en la pág. 8)

UNA POESIA INEDITA DE RUBEN DARIO

